



	HOY	MAÑANA	PASADO
MÁXIMA 7°			
MÍNIMA 0°			
BURGOS	☁	☁	☁
ARANDA	☁	☁	☁
MIRANDA	☁	☁	☁

¿Quién sabe?



EL RINCÓN DE...
JOSÉ MARÍA VICENTE

Lo cierto es que las noticias que hasta ahora se han venido comunicando sobre la evolución del coronavirus me producían curiosidad pero no una alarma significativa. A pesar de que muy pocos se creen los datos que están proporcionando los chinos. Seguro que los afectados son muchos más de los que reconocen ya que están acostumbrados a manipular la realidad para adaptarla a sus intereses. Aunque tampoco esto es exclusivo de los chinos. Hay otros regímenes políticos que se califican de democráticos que también manipulan descaradamente la realidad de las cosas. Y no tenemos que irnos muy lejos para comprobarlo. Pero este es otro asunto. A lo que voy es que ahora sí me preocupa y mucho el asunto del coronavirus. Acabo de escuchar unas declaraciones que ha hecho el nobel de Economía Paul Krugman en las que evidencia que este tema puede desencadenar una crisis económica de tamaño colosal. Krugman viene a decir algo así como que si los chinos no son capaces de controlar la situación y tienen que ampliar el perímetro de seguridad, tanto en términos de territorio como de personas, las cosas pueden ponerse muy difíciles. Conviene tener en cuenta que uno de cada cuatro productos que se hacen en el mundo se elaboran en China y que si este país se acaba cerrando al comercio mundial por el virus entonces las secuelas económicas son imposibles de evaluar pero, en todo caso, catastróficas. El nobel dice que este escenario no es descartable pero que tratándose de China... ¿Quién sabe? Deja flotando en el ambiente esta interrogante que a mí me ha llenado de inquietud. Y no es broma porque a la suspensión del Mobile de Barcelona de hace pocos días se añade que los importadores de productos chinos en España, como por ejemplo los textiles, empiezan a estar desabastecidos y que la maratón de Tokio se ha reservado a los doscientos mejores corredores prohibiéndose a los otros veinte mil atletas populares. Todo para evitar el trasiego de personas entre países. Y a cada hora que pasa se añaden más noticias de este tipo. ¿Será el coronavirus la creación de alguien interesado en revertir la globalidad de la que tanto hemos hablado? Quizás la respuesta sea... ¿quién sabe?



El pediatra Emilio Sastre, con un abanico y un recipiente de paja típico del país, al lado de la maqueta del hospital que echó a andar en 2010. / LUIS LÓPEZ ARAICO

LA VIDA CONTINÚA EN RÍO SÉSAMO

ALMUDENA SANZ / BURGOS

El amuleto que cuelgan a los bebés nada más nacer para protegerlos de los malos espíritus; la guitarra ancestral que anima las noches de música ligadas siempre al arki, un aguardiente de graduación infinita; los collares de cuentas de colores de los mbororo; las lanzas que antes se utilizaban para la caza y ahora se reservan para las fiestas populares; los perolos de madera tallada en los que transportan de todo; las vasijas de barro que las mujeres fabrican con hornos totalmente artesanales creados en el suelo con tierra y hierbas; la tabla de oración en la que los niños aprenden los versos coránicos...

Todos estos objetos hablan de la vida cotidiana de los habitantes de Rey Bouba, una localidad situada en la región norte de Camerún. Un día a día que el pediatra burgalés Emilio Sastre ha compartido desde que hace 23 años llegó allí por primera vez y empezó a subsanar el abandono sanitario de esta zona. Una misión que culminó con la construcción del hospital de la Fundación Mayo Rey. Han pasado diez

años y la exposición *Viaje al centro de África*, en La Estación hasta el 1 de marzo, se ocupa de acercar esta forma de vida y este proyecto a la sociedad burgalesa.

Veinte paneles con fotografías de Juan Carlos García, una maqueta al detalle del complejo hospitalario, un vídeo con testimonios de los profesionales sanitarios, tanto los que están allí de forma permanente como los que van como voluntarios desde

Bouba, en el departamento de Mayo Rey, que en foulfouldé, el idioma de los fulbé, la etnia más numerosa, significa Río Sésamo.

Ubicados en el lugar, localizan el hospital y se adentran en todas sus estancias: quirófanos, consultas de ginecología, medicina, odontología, oftalmología, esterilización, radiología, sala de curas, laboratorio clínico, sala de prótesis dentales, farmacia, dependencias de personal...

Cientos de voluntarios han pasado por allí. Unos con bata blanca, otros con mono de trabajo. Sastre no hubiera podido levantar el hospital sin la asistencia técnica de Chema García, un bombero burgalés que ha arrastrado a muchos colegas. Carlos Alberto es uno de ellos y ayer, frente a la maqueta de ese complejo, que incluye una

cabaña bautizada Bomberos de Burgos, se acordaba de los más de 40 grados que se alcanzan de día y que apenas bajan hasta los 20 de noche, las lluvias torrenciales que por momentos hacen creer que se caerá el cielo sobre sus cabezas, la alegría de los juegos de los niños y la hospitalidad de los adultos, los quebraderos de cabeza para que la instalación eléctrica no falle en las consultas... y los atardeceres de película por los que vale la pena volver.

La Fundación Mayo Rey celebra diez años de la puesta en marcha de su hospital en Camerún con una exposición en La Estación que acerca este proyecto y la forma de vida de la población

distintos puntos de España, y de los propios habitantes del lugar, y una surtida representación de objetos utilizados por esta población salvan los miles de kilómetros que separan Burgos de Rey Bouba y afianzan el vínculo entre ambas localidades.

El visitante viaja hasta Camerún, país al que llaman África en miniatura por su diversidad geológica y cultural, y recorre tortuosas carreteras después de coger un segundo avión o un tren para llegar a Rey